

El día que decidí estudiar Medicina

María Alejandra Zambrano Gustin

Un día cualquiera, nada era diferente. Estaba en mi colegio con todos mis compañeros en clase de educación física, cuando surgió un acontecimiento que marcaría mi vida.

Mi madre decía que el que no huye del peligro en él perece. Siempre ha sido muy sobreprotectora y ha procurado alejarme del grave mundo en que vivimos. Hasta ese día nunca había visto con mis propios ojos un accidente tan cercano, en un lugar tan seguro como un colegio. Las travesuras de mis compañeros provocaron semejante hecho.

Nuestro profesor de Educación Física, dejó como tarea una actividad electiva; varios compañeros y yo, decidimos ir al Gimnasio. Junto con nosotros vino un compañero que vivía muy solo en todo momento y a quien se le notaba dificultades para hacer amigos y expresarse. Nadie sintió su presencia, todos continuamos nuestro recorrido al Gimnasio. Al llegar, empezamos a conversar y a molestar. Aquel compañero nos observaba sin realizar ninguna actividad y manteniendo distancia con nosotros. Otro compañero, el más rebelde del curso, quien siempre molestaba a los demás y no le importaba nada, empezó a llamar a Julián –aquel niño solitario– y le dijo:

- ¡Tú! ¿Por qué no vienes con nosotros? Iremos a las bicicletas estáticas.
- Nunca he manejado bicicleta, respondió Julián.
- No importa, dijo Sebastián. Nosotros te enseñamos.

Los hombres se acercaron al lugar donde se encontraban las bicicletas, no muy lejos de nosotras y empezaron a retar a Julián a que pedaleara lo más rápido posible. Julián empezó a hacer lo pedido y yo no podía dejar de observarlo, presentía que algo estaría mal. Él no paraba de pedalear y cada vez lo hacía más y más rápido, a tal punto que todos los ojos puestos en él, estaban asombrados. Algunas risas empezaron a manifestarse por el espectáculo. Admito, yo también me reí. Esto provocó un cierto descontrol en las piernas de Julián y de repente, un grito calmó todas las risas. En milésimas de segundo, Julián cayó recostado sobre el piso; varios compañeros escaparon del lugar, por el susto que estábamos pasando. Yo, atónita, sin ganas de reír y con un fuerte peso en el corazón, me acerqué rápidamente a mi compañero y al observar su pierna completamente llena de sangre, no supe más que hacer sino posicionar la pierna, y apretar la herida para calmar el sangrado. Todos mis actos fueron por instinto, ya que nunca había tenido conocimiento de cómo debía reaccionar, tal vez, pude haberlo hecho incorrectamente, y gracias a Dios no fue así.

Julián no paraba de llorar. Varios compañeros se habían retirado del lugar, ignorando el acontecimiento. Un amigo corrió a Enfermería para pedir ayuda; mientras tanto, yo apretaba fuertemente la herida con mis manos. Al llegar el Paramédico y observar lo sucedido, pidió una ambulancia y me dijo que no soltara la herida hasta que ellos llegaran porque toda la piel se había desgarrado y lo único que mantenía la hemorragia era la presión que yo estaba haciendo.

El servicio de ambulancia tardó mucho en llegar; sin embargo, el padre de quien llamó al paramédico, era doctor, especialista en traumatología. Llegó inmediatamente al lugar, observó la herida, tomó la pierna, y me permitió soltarla después de casi una hora del acontecimiento. Me felicitó por haber sido capaz de inmovilizar la pierna, tal y como lo había hecho. Le pedí disculpas a Julián por haberme reído y me retiré de la Enfermería. Lo subieron a la ambulancia y lo llevaron inmediatamente a cirugía.

Yo estaba muy confundida, no sabía lo que sentía, preocupación, tristeza, arrepentimiento por permitir que le pasara eso a Julián; orgullo conmigo misma por la decisión tomada, por la valentía, en fin, no lo sabía.

Una semana después, llegó Julián al Colegio. Se acercó y me agradeció de manera muy sincera; me dijo que el doctor había comentado acerca de lo bueno que fue retener la hemorragia en el preciso momento. De no haber sido así, la pierna se habría desgarrado completamente y si no la hubiera posicionado tal y como lo hice, habría perdido su movilidad.

Me sentí completamente feliz por lo que me dijo Julián. Tuve el sentimiento de repetir muchas veces más dicho acto de valentía y decidí que lo que sería mi pasión por siempre: hacer u ofrecer y sentir de nuevo esa felicidad al notar las buenas consecuencias de mis actos. Quería ser médica, una excelente médica. Este es mi propósito de vida y sé que lo lograré.

Julián continuó así por varios meses, pero ahora su pierna está en perfecto estado. Pedimos disculpas por lo acontecido y lo empezamos a incluir en nuestros planes y a conocer su grandioso corazón, porque es una increíble persona.